

EL BAZAR MURCIANO

Eco del Establecimiento de su nombre.--Se publica todas las Férias.

DIRECTOR--PROPIETARIO, RICARDO BLAZQUEZ.

UN JUGUETE

ERUDICIÓN DE FERIA

Mi contribución al periódico del amigo Blazquez será una noticia curiosa, que me es traida á la memoria por el espectáculo de los escaparates del Bazar Murciano, llenos estos días de los juguetes más variados, caprichosos y ricos.

Entre los más efectistas, suele siempre contarse alguno de esos lindos bebés en sus majas cunitas, que por medio de un resorte, se incorporan como si despertaran de pronto, diciendo *papá y mamá*. Parece este juguete invención de la ingeniosa y adelantada industria de nuestro tiempo; pero tiene antecedentes antiguos. Basta recordar, por ejemplo, los famosos autómatas de Juanelo.

Más aproximado todavía al juguete en cuestión, fué uno con que cierto industrial italiano obsequió al opulento D. Antonio Lucas, por aquella era feliz en que Salcillo tallaba para D. Jesualdo Riquelme el gran juguete de su artístico Belen. Era también una muñequita automática. Estaba sentada en un sillón de esos altos de niño, y movía los brazos en ademán de llevarse á la boca la comida de un platito que tenía delante. Y hablaba también; no podía entonces decir *papá y mamá*, que ahora dicen hasta los zagales de la Huerta, pero decía *papa y tata*. Seguramente fué muy admirada de la aristocrática tertulia de D. Antonio Lucas, quizá en los entreactos de alguna de las óperas, que hizo (estupendo lujo!) representar en su casa á todo coste.

Quién sabe si con ellas tendría algo que ver el cutimañas italiano, cuyo nombre no consignan mis apuntes. Probable es que con el cuarteto, traído de Italia, viniera él también como atrezista y tramoyista. Sé vagamente que aquí trabó amistad con Tadeo Tornel, que yá de joven revelaba, al par que su diletantismo musical, su afición á las mecánicas ingeniosas, en que luego tanto sobresalió, llegando á construir en Murcia todo un piano (un *forte-piano*) de mesa, que aún puede verse en el Museo, y que según el competente Sr. Maestro de Capilla, es un instrumento muy notable.

Lástima que junto á él no se hubiera podido igualmente conservar la muñequita de la *papa*, para aumentar el interés de nuestro Museo en las visitas de la Feria.

R. Blazquez

A Ricardo Blazquez

Hace un año aquí mi nombre puse presa del temor de perder mi bien amado, que hace un año que murió.

Mira si olvidarlo pude; mira tú si, con razón, mucho más de lo que piensas en tu Bazar pienso yo.

Llena está mi triste casa de tanto y tanto primor que en más venturosos días ella en la tuya compró;

y esas lindas bagatelas queridas memorias son de antiguas y santas fechas que hoy conmemora el dolor.

¿Cómo quieres que las cante el que sobre ellas lloró? Mal pregonero es un triste que moja en llanto su voz.

Pero ya que ella no sirva de reclamo al comprador, haz que cuelguen á la puerta de tu tienda este pregón:

«Entrad aquí, los dichosos los que aún, del placer en pos, á la copa de la vida no hallais el propio sabor.

Comprad las mil invenciones donde la industria juntó del ingenio y de las artes la peregrina labor.

Llevadlas como recuerdo de esta encantada región á donde ya las esperan las prendas de vuestro amor.

Sonrisas que un mundo valen serán vuestro galardón; y, mudos testigos fieles del tiempo que ya pasó,

evocarán la memoria de aquel celo encantador que, como el ave sus pajas, á aquel nido las llevó;

y cuando el hogar se enlute, y á través de su crespon se os aparezca la vida del propio, negro color,

al mirarlas uno á solas en vez de mirarlas dos, harán que brote su llanto, bálsamo del corazón.

Maria de los Angeles

¡FUERA...!

Entre los que han de elogiar el BAZAR, á su manera, yo me permito gritar: «¡Abajo esa tienda! ¡fuera...!

¡Que no le haga nadie caso y su favor le destierre! Abrase la verdad paso. ¡Que se cierre! ¡que se cierre!

Todo el mundo aquí se achica con una humildad cargante. ¡Esa tienda perjudica y es un peligro constante!

¿Que sus géneros son buenos, si se quiere, con exceso? Por eso, ni más ni menos, precisamente por eso.

En ser ya tan superiores estriba el mal principal y voy á explicar, señores, en qué consiste ese mal.

Si un juguete compra usted, lector, está usted en un brete porque al poco tiempo vé que aquello no es un juguete.

Compra usted un caballito de cartón, y sin embargo echa el pobre animalito á correr al trote largo.

Adquiere usted una muñeca, yá quien vá usted á regalarla debe advertirle que peca si no acude á bautizarla.

Y sale el niño lisiado de ir en la caballería y ha de buscar de contado la niña un ama de cria.

Si fijarnos más queremos en todo lo que hay allí, exactamente veremos que todo resulta así.

Digo:—Mi bolsillo inmolo que un baston es mi ilusion, ¡pues el baston anda solo y me quedo sin baston!

Si tomo una cigarrera, al cojerla entre mis manos, aunque yo pitillos quiera ella se llena de habanos.

Compro un cubierto, y es cierto que cómo más de lo justo, porque me ha abierto el cubierto el apetito á su gusto.

Me hace daño la comida y aunque el caso no se explica no hay más, ¡que tengo enseguida que acudir á la botica!

Para alguna nota mía compro una cartera buena, y en llevándola vacía de billetes se me llena.

Papel y sobres! No sé como el caso se concilia que escritas le dán á usted sus cartas á la familia.

Alguna pipa elegante se compra de ámbar ó espuma; el tabaco en un instante la pipa sola se fuma.

¿Bateria de guisar? No compre usted bateria porque lo ha de contrariar como la use usted algun día.

Si pone al fuego patatas le saldrá pavo trufado, si unas alubias baratas un sustancioso estofado.

Sacaré medio cabrito si es sopas lo que le peta, y si quiere un huevo frito salmon á la vinagreta.

Y aunque siempre las mejora, es una cosa muy fea el que no llegue la hora de comer lo que desea.

Pues eso aquí pasa en todo y yo no sé, francamente, como se amolda á ese modo tan diabólico la gente.

¿Qué más? Y con esto acabo. Tanto es lo que aquí se fragua que compra usted un lavabo y se lava usted sin agua.

Cese, pues, de trastornar el Bazar de esa manera y á una vamos á gritar: «¡Abajo esa tienda! ¡Fuera!

Que por más que mucho vale lo que hay en ese almacén causa todo lo que sale algun disgusto tambien.

¿Que cómo? Facil se explica. Todo chico enamorado quede allí obsequia á su chica antes del año... ¡casado!

M. Perin Garcia

MUSICA CELESTIAL

CUENTO

Estaba San Pedro un día sentado en la porteria de la celeste mansion, cuando notó que subía de niños una legion.

Y aunque de viejo prudente tiene fama bien ganada, al ver aquel contingente, la puerta medio entornada ¡plom! la cerró de repente.

—¿Qué haces?—preguntó el Señor en tono de mal humor. Y San Pedro incomodado dijo:—«Señor, he cerrado porque esto ya es un horror.

Entran de niños al día un millar haciendo ruido y con tan loca alegría que me tiene ya aburrido semejante algarabía.

Uno trae una escopeta de madera tosca y charra, el otro una pandereta y algunos una trompeta, un tambor ó una guitarra.

Con tan rudo instrumental estoy loco y dado al cuerno. ¿Más niños á mi? ¡No tal! Que esto parece un infierno y no mansion celestial.

Dios, que escuchó la protesta, —¡Abre!—por toda respuesta dijo con indignacion.— Bajó San Pedro la testa y se abrió el áureo porton.

Por los celestes umbrales penetraron varios coros de niños angelicales, tocando dulces, sonoros instrumentos musicales.

Cuando en el cielo se oyó la música, se aplaudió con frenético arrebatado y hasta San Pedro quedó confundido y turulado.

Luego otros grupos mayores produjeron el asombro con sus sables brilladores, sus magníficos tambores, juguetes... y armas al hombro.

Al mirar tan rico apresto dijo el santo con bondad: —Hombre, aunque sea molesto, tengo una curiosidad: ¿dónde os han comprado esto?

Y como hallando á la mano la frase, un grupo responde con voz chillona al anciano: —¿Dónde? ¡Y pregunta V. dónde? Pues en el Bazar Murciano.

Y dicen que fué el Señor y extendió una credencial de este Bazar á favor nombrándole PROVEEDOR DE LA CORTE CELESTIAL.

San Pedro, grave y austero, sufrió un cambio verdadero, y, segun cuentan las crónicas, hoy tiene el santo portero aficiones filarmónicas.

Mas se ha servido ordenar que para dejar pasar tambor, zambomba ó trompeta, han de llevar la etiqueta del Bazar.

Jose' Fuentes Baeras

EL JUGUETE

El juguete es una necesidad para el niño: necesidad tan perentoria en el orden moral como el alimento y el sueño lo son en el orden material.

La contemplación del juguete, constituye para él el más bello y agradable de los espectáculos: el deseo de su posesión el más venturoso de los sueños. No hay felicidad ni gozo comparables al que experimenta al tenerle ya entre sus manos, al sentirse su dueño.

Al día siguiente, á las pocas horas quizás, lo encontrareis abandonado y roto: imagen fiel de lo que después, ya hombre, hará una vez poseído de aquello que constituyera su más halagadora y ambicionada ilusión.

También el espíritu de investigación, que después nos lleva á intentar sondear con el escalpelo de la razón, los misterios más inexcusables, se revela ya en ese afán del niño por querer ver lo que el juguete tiene dentro; aun á trueque de destrozarlo, como después destroza creencias y fé, también por querer ver lo que estas encierran.

¡Dichosa edad esa de la plácida inocencia y los infantiles juegos, en que todo en el mundo sonríe y todas las cosas ostentan en la naturaleza los más hermosos y risueños colores!...

Agena el alma del inocente niño, á toda ambición, á todo egoísmo, á todo torpe afán de los sentidos, cifra toda su ilusión y su ventura toda en la posesión del codiciado juguete, que su mirada ansiosa tropezó en el escaparate del bazar ó en la parada de la feria.

¡Qué intensa satisfacción experimenta el padre, al complacer la infantil petición de su adorado pequeñuelo: al colocar en sus manos el preciado juguete que la imaginación del ángel de cabellos de oro y rostro de querube anhelara!

¡Qué dolor, qué tristeza, qué amargura, la que el alma acongojada de los padres experimenta, al contemplar el juguete perteneciente al niño que ya no existe: al idolatrado hijo que alevé y traidora la muerte les arrebató!...

Todo niño tiene derecho al juguete: el nacido en humilde cuna como el criado en riquísimos pañales.

A aquel á quien la miseria de sus padres no puede proporcionárselo, la colectividad, llámese esta como se llame, debe velar porque de él no carezca.

De aquí, el aplauso y la alabanza que nos merecen, esos repartos de juguetes á niños pobres, que los ayuntamientos celebran durante las ferias y solemnidades de los pueblos.

No es justo ni es humano privar á ningún niño de la satisfacción de esa tierna y poética necesidad de la adorable infancia.

J. Bautista Monserrat

Artículos y Nombres

D. José María Díaz Cassou, tan exigente cuando compra petacas de piel de Rusia; don Angel Guirao, peritísimo en elegir bronceos artísticos; D. Eduardo Poveda, incansable coleccionador de máquinas para hacer cigarrillos; D. Enrique Pagán, dueño de incalculable serie de boquillas para puros; D. Antonio Palarea y Sanchez de Palencia, infatigable comprador de bastones; D. Mariano Gil de Avalor, entusiasta poseedor de gemelos; D. Claudio Hernandez Ros, coleccionista de portamonedas; D. Eusebio Alonso Pajares, de juegos de dominó que no pasen del seis doble; D. Virgilio Guirao, excelente y aún excelentísimo cazador. ¡Dónde! si no existiera el Bazar Murciano, hubieran logrado satisfacer sus legítimos deseos?

Luis Peñañiel.

EN JUSTICIA

Si quieren un modelo de comerciante, fíjense mis lectores en Don Ricardo; lo conocen en Churra y en Alicante, en París, en Bruselas y en Espinardo.

Tiene corresponsales lejos y cerca, en el Tonkin, en Cuba y en Aljezares: sus créditos y bancas le dá la Alberca y Tarragona y Londres y Manzanares.

Y es que á vender barato nadie le gana, y si es á tener gusto no hay quien le venza: así lo dicen todos hasta en Chiclana y también los papeles de la Provenza.

Verdad que de resultas de un batacazo y de unas calenturas algo tenaces, se quedó resentido del espinazo con ciertos dolorcillos, aunque fugaces.

Pero la suerte en cambio lo recompensa brindándole á menudo con sus favores, y con justicia bombos le dá la prensa que el número le aumenta de admiradores.

En su bazar metido, siempre gozando, es un rey que orgulloso manda y se engrie, pero un rey tan amable que, hasta rabiando, á todos cuantos compran habla y sonríe.

Su mirada se tiende por los jarrones, saluda los espejos y vinajeras, acaricia los polvos y los bastones y forma regimientos de escupideras.

Arregla con agrado dijes y jaulas, figurillas, juguetes y mariposas, aparta de su vista las pocas máulas y presenta elegantes todas sus cosas.

De esencias y jabones las baterías suavizan de sus nervios las tiranteces, y busca en cien objetos sus alegrías sin olvidar en nada las pequeñeces.

En fin, que el tal Ricardo, para modelo de buenos comerciantes rival no encuentra, y debido á su noble y ardiente celo el dinero en sus cajas á rios entra.

¡Qué más podrá en su abono decir la fama, si junta á sus billetes crédito y gloria, y es su BAZAR un centro que Murcia aclama, otorgándole el láuro de la victoria?

Por eso hasta en Bruselas y en Espinardo y en Beniján y en Londres como en Sevilla, la firma portentosa de D. Ricardo cual el rey de los astros fulgente brilla.

Y no hay que andar con dimes ni con diretes que ácusen opiniones de brochá goraa, pues capaz es Ricardo con sus billetes de bajarle los humos al *Sursum corda*.

Ricardo Blanco

EL TIO DE RICARDO

Quien no conoce á su tío no conoce cosa buena, hombre chapado á la antigua con vistas á la moderna. Nunca ha sido comerciante; pero cuando á Murcia llega y detrás del mostrador se pone como un hortera, despacha con tal maestría, de tal modo se maneja, que en el cajón por las noches se conoce su presencia. Quien entró con la intención de comprar una friolera, salió surtido de todo y con la cara risueña.

Si pregunta un parroquiano

—¿Tiene usted jabon de almendras?

—Sí, señor, cosa notable,

del que solo aquí se encuentra.

Pero tengo unas pastillas

recibidas de Inglaterra,

que le dejan á usted el cutis

suave como la seda.

No se fije usted en el precio,

que aunque barato parezca,

es un jabon superfino

de lo que llamamos extra.

Voy á enseñarle unos frascos

del extracto de violetas;

ya no hay persona elegante

que prescindiera de esta esencia.

De estos recibimos pocos,

unos cuantos para muestra

y los damos regalados,

á menos de lo que cuestan.

No quiero que usted se vaya

sin que vea unas carteras

de piel de Rusia legítima,

y de una forma muy nueva.

Como que solo deseo

que lleve usted una de ellas

se la daré por el coste

ó á menos... por lo que quiera.

Para los niños tenemos

un surtido en esta feria

de los objetos más raros

de cuanto la industria inventa.

¡Regalos para las novias?
Por exigente que sea
ha de encontrar mil caprichos,
desde las clases modestas
hasta las más elevadas,
y los hay de tal belleza
que la novia á quien obsequie
ha de quedar satisfecha.
¿Vajillas de loza y china?
Por unas cuantas pesetas
puede usted llevarse una
verdaderamente regia.
¿Qué dice usted de cubiertos?
Pues precisamente es esa
la especialidad de casa
con la plata en competencia.—
Y así de Ricardo el tío,
que sabe donde le aprieta
el zapato, por las noches
abre el cajón de la tienda,
y empieza á sacar billetes,
y luego á contar empieza
y luego formando un farlo
que á la espalda se lo echa
hace de él una almohada
donde tranquilo se acuesta.

Virgilio Guirao

LA MUÑECA

A UNA NIÑA

Hoy eres niña y cifrada
tienes tu ilusión entera
en pasar mañana y tarde
jugando con tu muñeca;
esa muñeca tan mona
que para tí representa
el mayor de los encantos
que embellecen tu existencia.

Eres aún niña y por eso
con tanto afán te desvelas
por tu juguete, al que quieres
como á una amiga de veras,
como lo prueban los besos
que en su faz impresos dejas
y los amantes abrazos
con que en tu seno lo estrechas.

Con ella hablas y ríes,
comes y duermes con ella,
con ricos trajes la adornas
y contigo la paseas;
siendo tan puro y tan grande
el cariño que te ciega,
que de pena enfermarías
si á tu muñeca perdieras.

¡Qué inocente! Tu candor
á tu espíritu le veda
comprender que tu cariño
es ilusión pasajera,
como lo comprenderás
cuando caigas en la cuenta
de que á tus caricias nunca
corresponde tu muñeca.

Impasible á tus halagos
y á cuanto sientes por ella,
jamás te devuelve el beso
que tú le das de amor llena,
y le es igual que te rías
ó que de pesares mueras,
¡que es insensible por dentro
lo mismo que lo es por fuera!

Eres aún niña y no es raro
que tales cosas no creas;
pero el tiempo volará
y te traerá la experiencia,
y entonces ante tus ojos
caerá tu ilusión deshecha,
y verás que no merece
tanto amor una muñeca.

Mas cuando llegue ese tiempo,
cuando en mujer te conviertas
y alguno en tí deposite
la dicha de su existencia,
si quieres que su ilusión
por tí perdurable sea,
no te muestres nunca sorda
á su pasión y á sus quejas,
¡que aun el hombre que más ama
desencantado se aleja,
cuando mira en la mujer
la frialdad de la muñeca!

J. Gómez Medina

OBSEQUIO

Se ha abusado tanto de los regalos de cromos y vales en los comercios de ultramarinos, con perjuicio de la calidad y precio de los artículos, que el público, en cuanto vé regalo á los compradores, se retrae de entrar á hacer sus provisiones.

Pero hay un establecimiento en Murcia, en el que á todos sin distinción y sea cualquiera la

compra que hagan, se les regala una peseta mensual.

¿Cómo?

Ahorrándole la suscripción á un periódico local, el que no le daría más noticias, de las que allí se le comunican.

Entre los parroquianos y los desocupados que acuden en busca de conversacion, se cambian las noticias con rapidez, hasta el punto de que es el sitio donde se suelen adquirir las más frescas, y un buen filon si quisieran explotarlo los reporters, como lo hace el dueño del establecimiento, obsequiando con ellas á sus favoreedores.

«Laurita ha quedado mal con el chico de López, pues ha pasado su santo, su cumpleaños y la feria y no ha venido, como otros años, á llevarle el regalo á su vidita, como él la llamaba.»

«Fulanita se casa el mes que viene con Zutano; me lo han dicho unos parientes, á los que he vendido un buen regalo.»

«La señora de X ha dado á luz una hermosa niña, á quien vá á apadrinar su abuelo materno, que me ha comprado un rollo de goma con puño de plata.»

«¡Pobre D. Antonio! no era aún viejo para esperar tan pronto su muerte. ¡Buena corona le dedica la tertulia de la botica á la que concurría el finado! Creí no venderla por su mucho valor, pero entré varios no resultan las cosas caras.»

Con estas y otras mil noticias entretiene Ricardo Blazquez á sus compradores mientras les hace el artículo, por lo que el anuncio de su establecimiento debiera ser este:

BAZAR MURCIANO
ARTICULOS DE TODAS CLASES
NOTICIAS GRATIS.

Narciso Blazquez

Chapitel

COMO SE PIDE

Para su BAZAR MURCIANO
mi firma me pide ufano
Blazquez, poniéndome en áncuas,
y cortando por lo sano,
se la mando y santas pascuas.

Carly Cano

SECRETO DE CONFESION

Pues señor... no crean Vds. que les trato de contar un cuento.

Lo que les voy á referir es un punto menos que histórico.

Pues señor... empiezo así porque me parece mejor para este artículo: y además porque así me lo enseñó mi abuela.

Pero entremos en el grano.

Pues señor, una vez había... digo, una vez tenía convidados en mi casa.

Eran un caballero y una señora en meses mayores.

Les conocí en Caravaca el día de La Cruz, y tanto me obsequiaron, tan bien se portaron conmigo, que hube de ofrecerles mi casa en Murcia y mi persona fina, para cuando quisieran honrarme con su visita.

Y me honraron en Pascua de Navidad.

—Aquí nos tiene V., amiguito—dijo el marido alargándome la mano y ayudando á su esposa á subir el último escalon.

—Muy bien venidos—dije yo casi con alegría.

Y mandé que les sacaran dos copas de agua fresca.

Después les obligué á que se quedaran á comer.

Y aceptaron.

Entonces le dije á mi esposa que matara un pollo donde lo encontrara y que preparara una comida digna de príncipes.

—¡Ah!—le dije también—que no dejes de

poner en la mesa aquellos hermosos cubiertos que compré en *El Bazar Murciano*.

—Me dá lástima—contestó mi mujer.
—No hay más remedio; hay que obsequiar á esa gente.

Así lo dejó dicho, y así se hizo.
La comida dió principio en medio del mayor apetito.

¿Qué manera de comer cocido la señora de los meses mayores!

Pero, cosa rara: de pronto cesó de masticar y con muy poca cortesía se puso á hablar en secreto con su esposo.

Este me mira y se puso más colorado que un tomate.

¿Qué sería aquello?
La comida terminó con la ensalada y por lo mismo *fríamente*.

Se despidieron y se fueron los convidados.
¿Pero cuál no sería mi sorpresa al decirme mi esposa que aquella gentuza se había llevado un cubierto!...

Vamos, hay cosas que no se comprenden.

A los dos meses, (por eso pongo dos líneas de puntos) se presentó en mi casa un cura no muy grueso.

—Vengo de parte de un penitente—me dijo poniendo el labio inferior como una teja.

—¿Anda, anda! dije yo.
En cierta ocasión, un marido por complacer el *antojo* de su esposa tuvo el mal pensamiento de robarle á V. un cubierto...

—¿Ah gandul!
—No señor. El pobre hombre ha confesado su pecado, y no pudiendo restituir el cubierto de plata, me ha hecho entrega de estas cincuenta pesetas que son lo que puede valer el objeto sustraído.

Y diciendo esto, dió el cura media vuelta y se tiró por las escaleras.

¿Qué les parece á Vds. el caso?
¿Muy bonito?

Pues mejor me supieron á mí las cincuenta pesetas, y con ellas compré más cubiertos en casa de Ricardo Blazquez.

Todo con el afán de que me los roben y me los paguen por plata.

La verdad es que cualquiera se equivoca.

Joaquín Argués

EL BAZAR MURCIANO

—Buenos días, Don Ricardo.
—Ricardito, buenos días.
—Adios, Blazquez, ¿tiene cerca de porcelana vajillas?
—Sácame de metal blanco cubiertos para que elija.
—¿Buen centro para una mesa?
—Papá: de esas figuritas de escayola, compra un juego, pues no habrá cosa más linda, y es seguro que no tiene iguales nuestra vecina.
—Aparta, mamá, un poquito que quiero ver esas ricas lámparas.

—¿Ay qué juguetes!
—¿Le gustan estas sombrillas?
—¿Cuánto vale esa petaca?
—Oye, Ricardo, seis pipas sácame al punto, y con ellas regálame unas boquillas.
—¿Vaya un espejo de gusto, se lo llevaré á mi niña.
—Una fusta y cuatro esponjas de esas que tiene tan finas,
—¿Bonitos bastones!

—¿Calla!...
¿también jaulas?
—Dos resmillas de papel de ese de moda.
—Un biberón.

—Voy de prisa, Ricardo, dame tres peines.
—Diga usted, las baterías de cocina ¿á cómo valen?
—Quiero abanicos de vista, de duración y baratos.
—Yo siempre mis friolerillas compro en esta casa.

—Venga la cesta que está allí encima.
—¿Y esa muñeca? ¿qué mona!
—¿Qué par de jarrones!

—Tía,
lleveremos cuatro frascos de rosa y agua florida.
—Que no se olvide enviarme cartuchos de *veloutina*.

—Un transparente. —Un cabás.

—Una caja de pastillas de jabón. —Ese lavabo te tiene en suspenso, prima.
—La cuenta.

—La fosforera es una pieza bonita.
—¿Cuánta gente! No sé cómo ese Blazquez no se asfixia y se atonta, despachando, con una atención tan fija, á treinta, cuarenta ó ciento que hablan, escogen ó miran.

Tal es, pues, á grandes rasgos, si la frase es permitida, de mi acreditada tienda la exacta fotografía. Y no enumero detalles por si resulta prolíja á más de cuatro lectores esta descripción sencilla. Pero si alguno quisiere honrarme con su visita, que venga al *Bazar Murciano*, de bazares maravilla, y verá que en mil artículos de variedad infinita, y entre doscientas personas de inclinaciones distintas, á todas sirvo con gusto sin que el cansancio me rinda, buscando amable y gozoso pesetas y simpatías.

Ricardo Blazquez.

CINEMATÓGRAFO

Aunque sea empeño vano y yo no sea fotógrafo, verán el *Cinematógrafo* monstruo del *Bazar Murciano* sin moverse del asiento ó del sitio donde estén. Qué, lectores, ¿no lo creen? Pues ahí vá. Llegó el momento.

Cuadro de gran atracción:
Las muñecas dislocadas.
—Parecen articuladas.
—¿De veras? Pues... sí lo son.
Paso del tren por un puente; este novedad no es, pero aventaja al express en baratura.

El teniente; juguete de movimiento que poniéndole en el suelo y tirando el pequeñuelo de él, corre más que el viento.

El lavabo de caoba, el niño de la trompeta, el pájaro y la escopeta, el utensilio de alcoba, el paraguas automático, las tijeras, el cepillo, la mesa de limoncillo, de ministro ó diplomático.

Todos los que van pasando son cuadros de gran valía; además la *batería*, y otros que iría explicando, pero por no disponer del espacio suficiente, no los puedo, francamente, aquí dar á conocer.

Sin embargo, la persona de ustedes que quiera hallar nuevos cuadros, el *Bazar Murciano*, los proporciona.

El señorito, el *panocho*, puede verlos noche y día, Calle de la Platería, número sesenta y ocho.

Eduardo Benavides
Marquez

Madrid-Agosto-97.

Sr. D. Ricardo Blazquez

Mi estimado amigo: Por un deber de mútua correspondencia, agradeciéndole en el alma las deferentes atenciones que me dispensó el año anterior, cuando tuve el gusto de estar en esa hermosa tierra, he de permitirle decir dos palabras referentes á su establecimiento, que ostenta el legítimo y característico título de «Bazar Murciano».

Ya que V. galantemente me invitó á que viera la infinidad de géneros

que tiene en sus almacenes, he de decirle que es lástima y lástima grande que no tenga un local más espacioso donde poder presentar, como se merecen, tantos objetos de gusto y de valor que están acumulados en aquellas estanterías, hacinados los géneros, si bien organizados y arreglados en forma de encontrar enseñada lo que se busca.

Murcia debe estarle á V. agradecida, porque con su «Bazar Murciano» ha venido á llenar un vacío que se notaba en esa capital.

Cuando en años pasados alguien necesitaba un objeto artístico, caprichoso, bonito ó de mérito, tenía que encargarlo fuera.

Hoy su establecimiento puede satisfacer aun al más exigente.

Yo, como murciano, me envanezco de ello y le doy mi enhorabuena, estimulándole á que perseverare en sus propósitos, que V. recibirá la recompensa á su trabajo.

Que con él llegue á conquistarse una posición desahogada, es mi deseo.

Una súplica me resta hacerle: No se meta en política, aunque le ofrezcan hacerlo archipámpano.

Ya sabe V. el refrán: Zapatero, á tus zapatos...

Usted, amigo Blazquez, á su «Bazar Murciano», á ver cuando, si Dios quiere, vaya yo el año próximo, ha ensanchado el local y es V. un capitalista.

Creo no le quiere mal su afectísimo amigo,

Eduardo Benavides

Madrid.

DESCUBRIMIENTOS

De día en día crece en todas partes la afición á las investigaciones artísticas acerca de otras sociedades que marcharon á la cabeza de la civilización de los pueblos, y en el nuestro hemos de rendir justo homenaje á Mr. R. Blazquez, ya que sacrificando un respetable capital, ha emprendido grandes é importantes labores desde hace algunos años: el principal emplazamiento de ellas, enclavado en la antigua Murthia, Vía Argentea (calle de los Plateros), casa junto á la nobilísima de Xufre (ó Godofredo) de Loaisa, privado de D. Alonso el Sabio; es harto conocido por todos los habitantes de la capital, estando en el sitio más céntrico y preferente, siendo de admirar el sistema sutil é ingenioso con que el citado director ejecuta sus hábiles operaciones personalmente, por sí ó por medio de entendidos auxiliares.

En los principales períodos de trabajo, como Otoño, es cuando aparecen allí con profusión sendas cajas de varias formas, manifestando en su interior con la más esmerada conservación, á pesar de los tiempos, miles de ejemplares de los órdenes más bellos y extraordinarios que produjeran jamás los artistas Fenicios, Griegos y Romanos, así como las artes Industriales en la Edad Media y el Renacimiento. Casi todos, puede asegurarse, pertenecen á la época más floreciente del saber humano, pues los numismáticos, examinando las aureas medallas recogidas, de circulación entonces, han encontrado esta leyenda: D. G. = HISP. = ET = IND. = REX. = AD-FONS = ET = MATER = SUA. = y dicen que se acuñaron gobernando ANTONINO CANOVIO MAXIMO, S. T. T. L. durante las victoriosas guerras coloniales, *Weilerya-Occidentalis* y *Primo-ria Orientalis*, que aumentaron el tesoro público y el

territorio hispano, en lejanos países, envidiados por los extranjeros.

Los magníficos, diversos, artísticos ejemplares, tan pronto como son extraídos y clasificados, colocados en elegantes vitrinas, mientras disputan acaloradamente su adquisición los más conocidos inteligentes, y los coleccionistas de curiosidades; pues la arriesgada empresa industrial y mercantil de Mr. R. Blazquez, proporciona en ventajosa enagenación aquellos valiosos objetos, pertenecientes á variados usos de absoluta necesidad y de suntuosísimo ornato, sin lucrarse él por esto, siendo su extricto plan, el de que los beneficios exigüos proporcionados de tal modo, le permitan seguir las «*excavaciones públicas*» y las labores para descubrimientos sucesivos: Por tanto recomendamos á los amantes de las artes, la empresa que con «buen pié» tomó á su cargo dicho señor, en cuyos locales de explotación, hallarán multitud de objetos de «Lavabo» (inter inocentes). (1) Vajillas doradas, de los festines «Amat»; ó del estilo «Magister F. Cabaliero», con orlas laureas, como del de la época «Philippo» en Blanco.

Asimismo se hallan distintas clases de estatuaria, bronce, lucernas ó lámparas, mobiliario dorico-jonico y hasta perfumes y esencias de las usadas en Persepolis, Atenas, Corinto y Pompeya: Por último, llama la atención una recién descubierta, marmórea lápida, con esta indescifrable inscripción latina

X. F. P.

(1) No es alusión al empresario, ni á los amigos que concurren allí á ciertas horas.

LA PLEGARIA

Cesó el temporal de nieves, y la mancha triste, de color lechoso, que ocultaba el cielo, se deshizo en girones de fantásticas formas, semejando un carnaval de nubes; huyían los monstruos de niebla empujados velozmente hácia otros horizontes para levantar en ellos el catafalco de las crudezas invernales, y la sombra esfumaba con lentitud los contornos, mientras el cielo se revestía de salpicaduras de luz que á trechos brillaban entre las nubes.

Conforme avanzaba la noche, desaparecían las últimas grotescas figuras de aquella procesion de nieblas aglomeradas poco antes, como un artesonado gris, sobre la ciudad, y las cúpulas de los edificios se despojaban de sus monteras blancas que lentamente se licuaban y corrían como raudales de lágrimas á sepultarse en el fondo oscuro de la calle.

De pronto la luz artificial rasgó las sombras posesionadas de los grandes comercios, de los suntuosos bazares, que poco antes parecían adormecidos en la triste soledad de una tarde de nieve, y los mil objetos encerrados en armarios y vitrinas destacaron sus brillantes colores, satisfechos de aquel escándalo de luz que remozaba sus delicados organismos sacudiéndoles la enervante languidez que los tenía emperzados.

En la penumbra de la desierta calle apareció una figurilla borrosa y se detuvo frente á un escaparate que proyectaba un marco de luz sobre el encharcado piso. Era una muchachuela de cabellos dorados, ojos grandes, de mirada triste, encerrados en un círculo cárdeno, como de hambre y sufrimiento. La faldilla, destrozada casi en girones, no baja-

ba hasta ocultar del todo la pierna; el corpiño, descolorido y estrecho; acusaba las primeras curvas de una pubertad precoz en la carne blanquísima, castigada por duras privaciones; llevaba los piecillos desnudos, amaratados por la nieve y el agua que pisaba sin experimentar sensación alguna de dolor.

Su mirada anhelante recorría aquellos juguetes artísticamente colocados entre delicadas porcelanas y lujosos bronce, codiciándolos todos y de todos careciendo sin esperanza alguna. Jamás poseyó un juguete nuevo. Algunas veces había soñado con ellos, cuando, rendida de cansancio, se echaba en su miserable camita después de un día de incesante recorrer calles y plazas implorando una limosna.

Solo llegaron a sus manos juguetes medio destrozados que los niños ricos abandonaban por inservibles; restos casi informes de lujosos caprichos que la opulencia se complacía en arrojarle al paso para excitar los deseos de la infeliz criatura. La pobrecita suspiraba por un juguete nuevo que nadie le daba, que a un pordiosero casi le era imposible adquirir.

Muy cerca de ella había muchos ofreciéndosele con sus delicados atractivos, con sus irresistibles encantos, que a los ojos de la chiqueta adquirían mayores proporciones y excitaban horrorosamente sus deseos. Solo les separaba la tersa superficie del cristal, helada como la noche que venía, resistente y dura como el destino que la condenaba a suspirar eternamente por aquellos muñecos contruidos para desesperación de su alma virgen.

Los juguetes ejercían sobre la muchacha una atracción magnética, irresistible. Pegada la frente al cristal, empañando su limpidez con el aliento del aterido pecho, resistía allí las inclemencias del tiempo, hundiendo en el agua los desnudos piés, pequeños y delicados. Insensiblemente las lágrimas asomaron a sus ojos y con lentitud corrieron por las descoloridas mejillas, semejando el continuo llanto de los edificios que poco a poco se despojaban de sus sudarios de nieve. ¡Los deseaba todos!... pero aquel payaso vestido de rojo y negro...

El dueño del bazar observaba detrás del escaparate el espectáculo. Ensimismada en su dolorosa contemplación, la niña parecía agena a cuanto la rodeaba. Solo tenía ojos para anhelar y gemir por tanto juguete que la hubiera hecho feliz... El payaso, especialmente: a él se dirigían con preferencia las azules pupilas, enturbiadas por el llanto... Comerciante a la moderna, generoso, de nobles sentimientos, el dueño del bazar se sintió conmovido ante la angustia de un ser desgraciado cuya felicidad consistía en poseer el simpático juguete. ¿Y por qué no? La dicha cifrada en un muñeco. Valía la pena de regalárselo para que se creyera feliz. ¡Son tan simpáticos los niños pobres!...

Abrió el escaparate, cogió el payaso, salió a la calle y se lo ofreció a la chiqueta, que le miraba estúpida mente sin creer en tanta generosidad. La estupefacción duró poco; sacudió fuertemente el deseo inteligencia y voluntad, y arrebatándole de las manos el juguete, salió corriendo, sin volver la cabeza, temerosa de que la llamasen para recoger el obsequio y decirle que todo había sido una broma. Loca de alegría, sin reparar en los charcos que la llenaban de agua las piernas, fué corriendo con el payaso cogido nerviosamente de la cintura hasta llegar a su casa, creyendo oír cada vez que volvía una esquina voces que la mandaban detener su carrera y entregar el codiciado muñeco...

La madre no creyó la historia y sospechó que había robado el juguete en cualquier bazar. ¡Otra vez lo raba! Pero era por los golpes que la daban en castigo de un delito imaginario... Tampoco la permitieron cenar, para mayor escarmiento... ¿Y qué?... El juguete era suyo, se lo había dejado su madre, y se acostó abrazada a él. Ni aún sentía frío aquella noche en su camita estrecha y desabrigada: la alegría prestaba calor al cuerpo dolorido... Antes de dormirse, la chiqueta quiso recordar una oración que la habían enseñado, para pedir al cielo por la felicidad del hombre que tan espléndido se mostró con ella, y por la suerte de aquel bazar lujoso donde vió a su muñeco... Fué una plegaria confusa, balbuciente, a medias palabras... Se le había olvidado. ¡Hacia tanto tiempo que no rezaba!...

La oración de la niña llegó a lo alto, y desde entonces, Ricardo Blazquez es el protegido de la suerte y su *Bazar Murciano* disfruta de la predilección de la sociedad elegante, que recompensa pródigamente la caridad del dueño.

Adolfo Balboa

LO QUE PUEDE DECIRSE

El director de este periódico, mi compañero y amigo D. Ricardo Blazquez, es el más feliz de todos los directores de periódicos que hay en el mundo.

Cada 365 días hace un número; y después descansa. ¡Qué felicidad! Es cierto que, en cuanto dá a luz el último, ya está pensando en el que le ha de seguir; pero no le agobia muchísimo este pensamiento, por el tiempo que tiene para madurarlo. ¡Cuán distinto es tener que publicar un periódico todos los días! Pero no todos tenemos la suerte del Bazar Murciano y de su dueño.

Habría, sin embargo, quien diga: «Pero esto no es un periódico; esto es un prospecto.»

¡Pues ahí está el golpe del ingenio de Blazquez! Así como el que no hace la cosa, cuando este director nos pide una *cosilla* para su periódico, lo que pide es un anuncio, un reclamo. No exige él, ¿para qué?, que cultivemos el arte, no señor, nada de eso; lo que pide es que cultivemos su clientela y que hagamos la llamada hacia su establecimiento. Lo cual está muy bien pensado y nadie habrá que se lo critique. Primero porque todos estamos obligados a favorecer nuestro negocio, y segundo porque tiene amigos que secundan gustosos su pensamiento.

Todos acudimos voluntariamente a su invitación y consignamos aquí, en una forma ó en otra, en prosa ó en verso, como quiera que sea:

Que el Bazar Murciano es un establecimiento de primera, donde se encuentra todo lo que se busca.

Que su dueño D. Ricardo Blazquez es un joven comerciante (todavía es joven,) muy amable, muy labioso (esto es, que tiene mucha *labia* para vender) y agradador, hasta el punto, de que nadie sale de su casa disgustado.

Aun decimos más: Que el Bazar Murciano es una institución local.

Y más aún: Que debe ser favorito por los murcianos y forasteros y por las niñas bonitas, para las cuales ha traído su dueño un surtido de esencias, de esas que deleitan el alma y dan vida al cuerpo, si le conviene.

Finalmente:

Que del Bazar Murciano mucha es la fama; pero que la merece: con verlo basta.

José M. Fornel

MILAGRO

Estaba Victoria afónica, y por consejo de Mónica fué al Bazar Murciano un día y allí se compró una armónica guitarra de las que había.

Y como era el instrumento lo que se llama un portento, del Bazar Murciano gloria, desde aquel mismo momento ¡ya pudo cantar Victoria!

Francisco Fuentos Rodríguez.

ENTRE CRIADOS

DIALOGO

—¡Adios!

—¿Dónde vés, Rufina?

—¿Y tú dónde vés, Mariano?

—Yo al *restaurant* de la esquina.

—Yo, chico, al «Bazar Murciano.»

—¿Pasa algo en él?

—No lo sé.

Me dijo mi señorita: ahora mismo, Rufinita, quiero que averigues si es exacta la versión con referencia al Bazar, que a un señor le oí contar há un rato desde el balcon.

—¿Y qué contó?

—Refería...

que la parroquia murciana, del Bazar, esta mañana le compró cuanto tenía. Que a un tiempo compraban mil con tal bullicio y desorden, que para imponer el orden, vino la guardia civil. Que unos pedían trompetas de hojalata, zapatillas, otros petacas, boquillas, cepillos y bicicletas. Otros, ánforas, lavabos, lámparas, escupidoras, jabones, polvos, polveras, *aves domésticas*, pavos. Botonaduras, bocinas, cubiertos de a dos pesetas, baúles-mundos, maletas, cestas y trómpas marinas. Almohazas, devocionarios, neceseres, tarjeteros, irrigadores, plumeros, portamonedas, rosarios. Transparentes, jaulas, *latas*, de las que soy un testigo, que le dan al que es amigo en el Bazar, *muy baratas*. Y que tal era el burdel que la multitud armaba, que el Bazar se asemejaba a la torre de Babel.

Por eso en deseos ardo...

—¿De saber si es cierto?

—Pues...

ya sabe V. el interés que me inspira don Ricardo.

—¿Conque a tu ama inspira?...

—¡Bah!

ese que parece cojo, le entró a mi ama por el ojo.

—¿Por el ojo?

—Es tuerta.

—¡Yá!

—Conque ya sabes la historia tal y conforme la oí, que al contármela aprendí *pede ad litem*, de memoria.

—¡Me encanta tu desparpajo, me asombra cuanto dijiste, yo no sé cómo aprendiste Rufina, hasta el latinajo! Pero, en fin, pronto saldremos de dudas, contigo iré, y si como cuentas fué, en el Bazar lo sabremos.

Y, al Bazar, los dos llegaron, lo ocurrido refirieron, y en cuanto probado vieron que era un *canard*, se alejaron. El dijo al salir:—Me admira, chica, lo que me has contado;

¿quién diablos habrá inventado del Bazar, esa mentira?

El se fué: y ella a su casa se dirigió sin demora, a decir a su señora que todo ha sido una guasa. Quien la preguntó al llegar:—Rufina, ¿es cierto?

—¡Es engaño!

¿Qué más ocurrió? otro año si vivo, lo he de contar.

M. Hoyos

Dialogo en la Féria

¿A donde vas?... Al Bazar, casa de Ricardo, chico.

—Me parece llevas mico, porque no se puede entrar.

Ha tenido la ocurrencia de anunciar su gran surtido, y se vé comprometido, con precios sin competencia.

Agua de Colonia tienen de Warden, a veinte reales frascos de litro, especiales, que con cuenta-gotas vienen.

De medio litro y de cuarto, a tres pesetas y a dos; y si es boquillas, por Dios, más que en los montes esparto,

Pues a una peseta caja de ciento dá, que es barata, y por cuatro, serenata y una de afeitar navaja.

¿Y papel?... Tiene surtido; estuches pulimentados, con cien cartas, cerrados, a una cuarenta ha ofrecido, y a una setenta y cinco con espejo también tiene, y caballos que mantiene de su correr el ahinco,

Pues uno he visto probar a la par de un cochecillo, montado, en cada, un chiquillo, y aquello era volar.

—Pues, chico, gracias, y al paso que procuro al Bazar ir, procura tú conseguir, (pues has de saber, me caso) te aparten en el Bazar, a mi nombre, chocolate.

—¡Eso sí que es disparate!... ¡Qué modo de despachar!...

Ya me lo advirtió D. Sabas; en pureza y paladar es el de las Calatravas.

Y como Blazquez Ricardo es el que me surte aquí, que me aparte, corre y dí, ó me lo mande, aquí aguardo, una caja para mí.

Mariano Márquez.

Soneto-Charada

SOLUCION A LA ANTERIOR: *Porcelana*.

Don Ricardo me pide una charada y hacérsela prometo bien ó mal porque es un comerciante sin igual, conocida persona y estimada:

Toda aquella persona aficionada a los preciosos jarrs de cristal, al ver su escaparate original se quedará de fiyo entusiasmada.

No necesita elogios esta tienda, y no crea el lector que es *tercia-prima*, su nombre nada más la recomienda.

Cuando un *prima-dos-tres* él no lo venda, el comerciante que la gente estima, es que ha pasado en Murcia cosa horrenda.

J. Zamora Martínez.